CORRESPONDENCIAS ESPECTRALES (ENTRE DERRIDA, PABLO DE TARSO Y OTROS LECTORES)

*Juan Carlos Gordillo**

RESUMEN: Cartas dirigidas a un receptor anónimo expresan la universalidad y atemporalidad del saber humano. Pablo de Tarso y Derrida principalmente, pero también otros –Eliot, Barteby–, dialogan y encuentran más conexiones entre sí de lo que, en un análisis superficial, podría parecer.

ABSTRACT: Letters addressed to anonymous readers express both the universality and atemporality of human knowledge. Mainly found in the works of Paul of Tarsus and Derrida, but also in others –Eliot, Barteby–, there is a dialogue where more connections can be found than those apparent.

PALABRAS CLAVE: Pablo de Tarso, Derrida, T. S. Eliot, Barteby.

KEYWORDS: Paul of Tarsus, Derrida, T. S. Eliot, Barteby.

RECEPCIÓN: 17 de abril de 2008.

ACEPTACIÓN: 22 de mayo de 2008.

* Redactor del Centro Alemán de Información para Latinoamérica.

CORRESPONDENCIAS ESPECTRALES (ENTRE DERRIDA, PABLO DE TARSO Y OTROS LECTORES)

26.08.07

Querida G., M., J.:

Nos escribo de pronto –por primera y única vez–, pero desde lejos parece que ya siempre escribiéndonos una segunda carta, una carta inicial; prometiéndonos una respuesta que no ha de ser definitiva y lo será –¿quién podrá saberlo nunca?– en el momento en que tú o tú o tú, seas la última o el último en recabarlas todas y leerlas y contestarnos por vez última (a alguien, a los otros dos que ya no estén aquí, a nadie –aún y siempre ahí), por vez primera.

Una carta que además nos escribo fuera de ella misma, en la que su contemporaneidad a sí, su presencia, su identidad en el espacio limitado de lo íntimo se disloca. Porque está hecha para ser leída en público sí, pero especialmente porque, fantasmas para nosotros mismos, queremos que alguien –nosotros, Derrida, Barteby, Pablo de Tarso, el nadie que escucha sin escuchar aún esta carta– nos hable a través nuestro, nos ventrilocue. Porque la carta es desde siempre un espacio privilegiado para esperar y hacer venir fantasmas. ¿Un lugar de esperanza? No lo sé, acaso sólo un artefacto espectral.

Lugar y técnica del entre, sea entre vivos, sea entre muertos –y entre éstos y aquéllos, un nosotros que deja de ser, para aparecer cuándo, cómo, ahí–. Entonces también, cierto lugar y cierta técnica de la injusticia con respecto a la ley del uno, del mismo, de la propiedad.

JUAN CARLOS GORDILLO

Resistencia del más, del movimiento inyuntivo. El vórtice de lo que está por venir, de lo que ya no existe, pero está, ahí donde no sería. La superficie, el abandono de la casa de la ley. Cierta técnica de la desnudez. Para comenzarnos de veras, para recomenzar.

Carta ésta —¿la mía?, ¿las nuestras?— de otra carta que está siempre por llegar. Noticia, por ejemplo, de un Tarso a una comunidad que no conoció —el más de uno que yo—. Roma hoy, los espectros de Roma y de Pablo en mí —¿a través de mí?—. ¿Evangelio, noticia, promesa son movimientos de inyunción? No lo sé ahora, hoy. Sé sólo ya que algo, alguien, está aconteciendo.

05.09.07

Querida M., G., J.:

Nos escribo en el temblor, en el tránsito de algún sitio a otro. Sin lugar aún. No para encontrar, sino para crear ese lugar. Para re-habilitar, re-habitar esa distancia, esa despedida que marcó ya nuestro saludo inicial, nuestra amistad. Una y otra vez desde el inicio, por primera vez escribiéndoles, dejándome escribir por ustedes. Sin lugar seguro, legal.

10

Nos escribo para escuchar, porque hubo una voz y siempre más de una cuando las escuché ayer (sean días o años ayer). Y porque sus voces me fueron prometidas, me llegaron del porvenir. Voces, sus voces, pero, ¿de quién? Porque intento no escuchar las voces que desde niño escucho. Porque no sé de dónde llegan, porque no hablo su lengua, porque las temo. Y mi temor no las aleja. Porque una voz —y más de una— me sigue asediando, acecha en el lugar donde no la esperaba aparecer. Y verme y hablar.

¿Sus voces qué lugar ocupan? —¿por qué la insistencia en señalar un lugar? Un lugar que no es tal, que opera de manera distinta, en alguna diferencia, en algún movimiento espectral—. ¿El lugar de la amistad? No lo sé. No sé qué podría llegar a ser la amistad, mientras que la nuestra se ha venido haciendo de tantas cosas. Y de tantas cartas también, de cartas como éstas, con las que nos escribo, nos escribimos.

Leerlas no fue tal. Era escucharlas, volver ahí, estar ahí. La llegada, su advenimiento en ese *ahí* nudoso de silencio y espera. Verlas llegar.

Espero verlas llegar, por ello esta carta, para que tengan dónde llegar. Para que yo me allegue a dónde. *Ahí*. En este tránsito en el que no consigo calmar el corazón. En este esfuerzo por obedecer una ley fuera de la ley. Por eso les escribo, porque no hay fuga posible fuera de esa persecución de voces. Y porque en esas voces ya no soy yo.

De nuevo aquí y por primera vez las voces advienen, no me dejan. Insisten y desajustan la paz de mi fuga. Nos escribo para declarar una persecución.

¡Qué extraña esta carta! ¿verdad? Escribo sin ver, sin leer, sin ordenar. En una presencia de mí apostada. Rota y enviada a la vez. No sé cómo escribir qué. Hablarles de una carta que comencé a leer hace unos días. Que parece haberme sido dirigida desde el principio, desde un futuro al que llegué, desde siglos y siglos detrás de mí. Y a su voz, a su mensaje se le añade una comitiva más, porque siempre son innumerables las voces —porque el número cuando una voz aparece y nos ve, es impotente y su finitud, la de las voces, es de otro material—. Un espectro más. Y ya no sé encontrar acomodo. Y se confunden los mensajes. Y temo confundirlos.

06.09.07

Querida G., M., J.:

Hoy sólo puedo decirnos esto, perdón. Estoy leyendo la Carta de Pablo a los romanos. Quiero contarles sobre la carta, sobre su belleza, sobre la confusión que me produce escucharlas hoy aquí, inmersas en el rumor de otras voces. Dentro de esos otros espectros —¿fantasmas dentro de armaduras? que son *Espectros de Marx* de Derrida. Contarnos que me parecen hablar una lengua similar y me da vergüenza pensarlo. Porque temo no haber entendido bien, ser apropiado por el instinto de comparación, por la propiedad del argumento. No me tengo mucha confianza. Y por eso les pido perdón. A ustedes y a Derrida y a Pablo y a Barteby y a Jesús.

JUAN CARLOS GORDILLO

Me congela la palabra perdón (y más porque son a muertos a los que les pido perdón. ¿Por qué están tan vivos entonces?).

Sólo quería contarles esto: en alguna parte del proemio de la carta, Pablo habla sobre “la obediencia de la fe” y esa obediencia puede traducirse como *someterse a la escucha*, a la escucha de la Palabra. Quien habla, quien tiene la palabra ya no es Pablo sino Jesús (ese Jesús que Pablo no conoció, que se le “apareció”, que conoció y escuchó bajo una forma dislocada de la presencia común). Someterse a la escucha de su palabra, que llega, que está aquí, ahí. Para que él hable, someterse para que advenga. Y sin que yo pueda hacerlo jurar. Conjurar. [*Enter the ghost. Exit the ghost*] ¿Dónde?

17.09.07

Sí.

Les respondo que sí. Les prometo que sí, les escribiré. Vendré otra vez a una hoja blanca.

Sí.

Pero aquí, ahora, en el mundanal ruido de la desidia, de la indiferencia, ¿cómo decir sí? ¿Cómo creer en el sí sin horizonte de espera, sin garantía de respuesta? ¿Cómo no comerciar con ustedes, con sus muertos? ¿Cómo decir sólo sí?

Observo de reojo una y otra vez la ilustración del reloj que adorna la hoja de la primera carta que me enviaste, M., un 23 de septiembre de 2000. Marca las 8:30, ¿de la mañana?, ¿de la noche? Como si esperara de ese reloj inexistente (de existencia extraña, no del todo impotente) que el mundo se detuviera, que el ruido a mi alrededor y en mi cabeza se callara. Que sólo la noche estuviera aquí, para hacerlas venir.

¿A quién le he dicho, le estoy diciendo, le diré que sí?

¿Por qué nunca he podido saltarme los detalles? ¿Por qué insisto en señalar el lugar desde el que les escribo, lo que he hecho recién? Como si preparara el escenario (un escenario en medio de ningún lugar concreto, sólo aquí: si es que alguna vez podemos decir con toda seguridad “sólo aquí”, sin sentirnos observados —¿imaginados por alguien

que ya estaba ahí desde antes?—). Como si preparara el escenario para mí, para la aparición de mi espectro... La carta me espectraliza. Creo comprender hoy eso.

Tuve que correr a poner un disco, levantar una muralla de sonidos más acordes, más cordiales. Hace tiempo no escribo escuchando algo de música al mismo tiempo. Quería escucharme —me decía. Pero no a ese muñeco de la interioridad moderna, ése (sub-puesto) último de mí, lo más propio mío. Sino a *ése* que acecha desde antes que hubiese alguien *como* yo. *Ése* alguien que está por venir. Del pasado y de más allá. Inesperadamente, intempestuoso, pues no esperaba que fuera él, ella, quien llamara por mí.

Tuve que poner las suites para violonchelo de Bach. Por fin puedo escuchar algo diferente sin la molestia de sentirme (hablar). Pero no apago la luz todavía. Me hago la ilusión de que podré verla llegar, impedirle que llegue puesto que la observaría llegar. Me engaño a mí mismo. Él o ella ya están aquí. No sé cómo, dónde, pero ya están aquí.

Ha comenzado a llover. Entre la lluvia y el violonchelo me apaciguan igual que si fuera una bestia. Ser amansado, no pensé que lo quisiera tanto, desde tan hondo.

Mejor comienzo ahora. No importa si me repito más adelante, si comienzo por otro lugar que el principio (todo re-comienza antes de comenzar, dijo Derrida).

Tengo miedo a la hoja en blanco. La hoja en blanco también hace presa de mí, M., y por eso prefiero llegar cuanto antes. Haber estado ya allí y nunca comenzar por primera y única vez. Porque tal vez sea la última.

Primero esto de Pablo: el Hijo se le aparece. Irrumpe violentamente en su vida de perseguidor. Viola su mundo, le impone una presencia tan rotundamente diferente, tan radicalmente distinta que la vida de Pablo no puede quedar sino completamente trastornada, fuera de quicio. Su aparición desajusta porque no sabe hacer distinto. Porque es imposible.

M., G., necesito decir sus nombres. Necesito creer que pueden escucharme ahora, en esta disimetría —no sólo espacial y temporal—.

Y porque además no podré estar totalmente seguro de que mi carta llegará. Y porque ustedes tendrán que creerme bajo palabra. ¡Ay, siento que ya les dije para siempre adiós!

Ya todo se va oscureciendo, durmiendo, arrullando aún a pesar de tanto motor infame y con hambre de velocidad. Bach también guarda silencio. Creo que puedo seguir a solas.

Perdón si salí de pronto, intempestivamente, con el nombre de Pablo (¿como una armadura para que lo miraran a él y, en su nombre, bajo la visera de su nombre, poderlas observar sin que me viesan de cuerpo presente? Tal vez). Por una carta anterior espero que recuerden cartas y apariciones vacías. Aun sigo recorriendo el exordio de la carta de Pablo (re-)citada. Hoy sólo quería...

No me deja. Alguien no me deja decirle así. Tal vez sea yo quien me impida hablar. Quien me esté conjurando a hablar determinadamente así, con tanta propiedad. Sea como sea este condenado así, esto más propio de mí. Para que todos, ustedes, ella, yo, él, sepamos de una vez por todas a qué atenernos. Para atenernos.

Quiero entrar en la filiación de los esclavos. ¿Se dice así? ¿Se puede decir algo así? Pero no porque anticipe (o me prevenga de) un movimiento dialéctico o porque haya transvalorizado esta o aquella virtud (o tal vez sí, pues cabe esa posibilidad y no puedo hacer “como si”). Sino porque han puesto su vida entera en manos de un desaparecido, de alguien que parece nunca dejarse ver más que bajo el signo de un espectro: sea una zarza, una nube, una armadura, un relámpago que cae. Y porque esa vida apostada (¿a-postada?, ¿enviada?, ¿destinada?) a ese invisible visible; y porque a esa presencia que no sabemos si reaparecerá, ni cuándo lo hará (“porque no saben ni el día [ni el lugar] ni la hora”); porque esa presencia que ha prometido que vendrá, que estará (pues es “el que es, el que ha sido, el que será” –*eyeh aser ehyeh*–); porque a *ése*, a *ésa* ya sólo puedo creerle bajo palabra. Y porque nunca habrá derecho o ley que lo haga venir. Heredar de Moisés, de Abraham, de Derrida. ¿Me estaré equivocando? Ojalá que sí.

¿Y no es fascinante que la *Carta a los romanos* la dirigiese a una comunidad –alguien– que no conocía? Que la enviase a un lugar –Roma– al que sólo volvería a llegar hecho prisionero, traicionado por

sus amigos cristianos, por esos que le acusarán de no haber visto, de no tener el dato de Jesús. Esos *scholars* que saben muy bien a qué atenerse, y a qué a-tener al resto. La miserable propiedad de lo que sé.

Me fascina que esta carta haya llegado a mis manos, ¡ay G., y ahora son tus palabras las que me dicen a mí, dicen a Pablo!, Pablo dice: “*que había estado esperando...* yo la esperaba y ella, la carta, esperaba llegar” [y esperaba también y al mismo tiempo verme llegar] (29 de septiembre del 2000).

Y dices tú, M., en esa *cátedra de la memoria* que comenzaste a escribir el 23 de septiembre del mismo año [¡septiembre, septiembre! ¡Qué llena y qué hueca y qué grande es mi habitación ahora!]: “ser responsable es atender a cada efecto de lo que uno ha dicho sobre ése a quien uno ha hablado”. La obediencia de la fe, ¿recuerdas? *Someterse a la escucha* era una de sus posibles traducciones. Porque tu palabra adviene desde la altura de la distancia y la escucho (y la traicionaré ayer, mañana quizás no). Porque adviene la voz de Pablo. Y si esclavo y si obediente tengo que decir que sí. Te escribiré. Sí.

Y ya sólo esto. Pablo dice de sí mismo, se presenta (espectral) de la forma siguiente: “Pablo, esclavo de Cristo Jesús, apóstol por vocación?” ¿Quién llama? Alguien llama primero. Acaso su identidad nos sea siempre desconocida, pero llamó por primera vez, el primero. Antes él, ella, llamando a la puerta. El desconocido. Irrupción del secreto que dice: “Léeme, ¿serás capaz de ello?”

¿No has hecho tú M., tú G., tú Juan la misma pregunta? ¿No dicen eso también nuestras cartas? [“si yo hablo y tú comprendes todo, no vas a entender lo que podría desear que entendieras” (Onetti *dixit*), ¿recuerdas G.? ¿Te acuerdas? Noviembre del 2005]. ¿No es eso lo que reverbera en un tono más bajo o más alto entre los silencios de lo que nos decía? ¿No es ésta la forma espectral de la amistad, la de hacernos memoria? ¿De res-guardarnos fidelidad?

Sí.

Las quiero, las quiero mucho.

19.09.07

¡Querida G.!

¡Querida M.!

La noche se va cerrando. Después de una tarde ventosa, agitada de agua y colores grises, el azul melaninoso y cristalino de la noche que cae, que llega, permite que actúe con gestos menos nerviosos y ríspidos y que la fatiga –la lenta fuerza de la fatiga– aligere su consistencia. Presiento un efecto de salvación, salvífico. Para luego preguntarme qué pude haber querido decir. Y porque el día se acaba, porque sobreviví a la tormenta, pude haberme sentido salvado. Pero no sólo eso, ni siquiera es eso lo más importante. Ahora que todo comienza a cerrarse, ahora que todos comienzan a dejar caer los párpados, alguien se levanta. La noche es propicia para que los muertos se levanten. Y advengan. Y salven.

En la mesa del comedor de la casa de mis padres que ahora se ha convertido en mi lugar de trabajo, repartidos por toda la mesa están los libros de Freud, de Nietzsche, revistas literarias, diccionarios, Derrida, la Biblia. Cartas tuyas, cuadernos de otras épocas, hojas sueltas y hojas con apuntes garabateados. Un cenicero, los cigarros, y bolígrafos. Transito por todos los objetos, por el mundo germinal y pequeño que uno re-crea cada ciertas horas. Y la mirada presente, activa, me lleva a un recuerdo, al recuerdo de otra mesa que me maravilló la primera y única vez que la vi. Era la mesa de un pintor y profesor alemán, allá en Saarbrücken. Sobre ella –dos metros y medio de largo, ancha y robusta y oscura– objetos dispares y en abundancia. Y aunque todo allí estuviera quieto, ahora sólo puedo imaginar una danza secreta, invisible entre todos *ellos*. Imperceptible danza generadora de mundos, voces, fugas, conversaciones, lágrimas. ¿Lágrimas? Ahora que irrumpe una posibilidad semejante –que aquél profesor haya podido haber llorado sobre su mesa de trabajo, mientras trabajaba–, que aquello pudiera haber llegado a suceder algún día y que esté sucediendo ahora, frente a mí, me produce temor, vergüenza, por haber asistido a una escena tan íntima, por el acontecimiento de haber hecho “como si... fuera a

aparecer de pronto un idioma y exponer ante mi vista su negativo, como si el ritmo, la cadencia, el estilo, el timbre, el tono, [sus gestos]... así como otras tantas señales oscuramente familiares y reconocibles entre todos, fueran de repente a descubrirme su secreto, como un secreto más, [pero] oculto tras otros... el rasgo único y repentino a plena luz del día”, de su llanto, de su dolor.

“La luz es el primer animal visible de lo invisible” escribió un día José Lezama Lima. En esa mesa había luz.

“7 de septiembre de 1977

No nos hemos visto nunca. Escrito nomás.”

Como tantas otras ocasiones no puedo romper la hoja en blanco si no es con un conjuro: las palabras de otro. Quería seguir contándoles de la mesa y sobre la Carta de Pablo a los romanos, pero se paralizó mi cuerpo con un nuevo re-comenzar. Expuesto ya en mi finitud no sabría cómo continuar, re-comenzar “para el Evangelio de Dios”.

Nueva parálisis [*Enter the ghost*].

En esta ocasión no cabe la posibilidad de obedecer, de heredar. De pronto la herencia de su mensaje, su tarea/trabajo me resultan insoportables, indomeñables, por no poder anticiparme a ella bajo cierto trabajo de conjuración. Y porque tampoco he preparado la morada, porque su llegada es injusta.

Hoy no quiero. Exorcizo.

Perdón.

06.10.07

*“If all time is eternally present
All time is unredeemable”.*
T. S. Eliot, *Four Quartets*

¿Quién me persigue? ¿Por qué pretendo fingir que no me son propios estos pensamientos (¡si sólo fueran eso al menos!)? ¿Sólo me espera la cínica impostura de mí? Tal vez consista en la apuesta –ganada ya de antemano– de la injusticia, de su seducción. Y también la fuga de mi finitud, ya aquí. La justicia de la salvación: su irredención. “Si

todo tiempo es eternamente presente/ todo tiempo es irredimible”, dijo Eliot en algún lugar. Y desde antes, sólo desde hoy, sobre-venida de un delante de mí, en ese sentido tan sólo, de un ‘más allá’, el movimiento fijo de la salvación. El movimiento radical de la extranjería.

Lecturas simultáneas, dispares, disyuntas en un tiempo que no conocerá nunca solución –la demostración pacífica del raciocinio (ni siquiera de la intuición)– la Carta de Pablo a los romanos, los *Espec-tros de Marx* de Derrida y hoy, apenas casi, los *Cuatro Cuartetos* de Eliot, acontecen de voces que no son las mías –ni se me parecen, ni me identifican– para hacerme estallar. Para el desbordamiento de la muerte y de la vida, entre ambas, para la angustia de mi condenación. Para la espera del mesías que ya está aquí. Esa ley fuera de toda ley, la danza del *elsewhere*.

Evangelio: anuncio de salvación, promesa de salvación. Su promesa, mi promesa. La promesa de nuestra filiación. Derrida habla: “hay promesa y, por tanto, historicidad como porvenir”. Para después creer entender que si el Evangelio, mensaje de Jesucristo, mensaje/Jesucristo, voz aliada de Jesucristo es promesa, inyunción, significa también la posibilidad histórica de salvación. Y que nos precedió entonces desde la antigüedad: “que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas”.

Desde allá (sea detrás, sea delante, sea sin centro, sin posibilidad nunca de seguridad, de apropiación, de hogar), aquí un visible invisible, el trastorno del yo, los eternos tiempos del instante: signo mi nombre: te prometo esperar.

Pablo contesta antes de que siquiera me hubiera propuesto escribirle: “Porque Dios... me es testigo de cuán intensamente me acuerdo de vosotros, rogándole... si es de su voluntad, encuentre por fin algún día ocasión favorable de llegarme hasta vosotros... con la intención de... llevaros el Evangelio también a vosotros, habitantes de Roma”. ¿Pude haberlo reconocido hasta hoy? *¿Al extranjero como lo extranjero mismo, a aquélla o aquél para quien se debe dejar un lugar vacío, siempre...?* Y si debí dejarle un lugar vacío: ¿lo dejé?

El lugar de la espectralidad es indecible (¿Y si no retorna nunca más?) (¿Y si su vuelta, su llegada primera y singular, única, es de nuevo insoportable y ya no quiero esperar?).

Mejor habría sido —digo yo, el *scholar*— que los muertos enterrasen a sus muertos. Que él, esa inyunción, esa encarnación, esa visible invisibilidad del Padre, no sea “según el espíritu de santidad”. Que la apertura no fuera, que sólo tuviéramos nuestra ley reservada (como hasta hoy) para la verdad. ¿Qué animalejo es ese de nuestra verdad? La amansada bestia que aún deseo ser.

If all time is eternally present/ All time is unredeemable.

“Pues no son justo delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen: esos serán [los que entren y abran el ámbito de la salvación,] los justificados”.

El trabajo, ¡qué poco trabajo espectral hasta hoy!